

PRESENTACIÓN

Durante la segunda parte del siglo XX, la sociedad toma conciencia de los graves problemas ecológicos que se ciernen sobre la Humanidad. Científicos, filósofos y teólogos reflexionan sobre la relación del hombre con el medio ambiente en busca de las causas del problema y proponen soluciones de muy diverso tipo. El magisterio de la Iglesia católica, sobre todo a partir del pontificado de Pablo VI, ofrece también a todos los hombres sus reflexiones sobre este grave problema humano, y su cooperación para solucionarlo.

A pesar de los innumerables estudios, de las propuestas científicas y técnicas, y de las medidas adoptadas por organismos nacionales e internacionales, la cuestión ecológica sigue reclamando respuestas eficaces en la primera mitad del siglo XXI.

Muchos de los pensadores que han dedicado sus energías intelectuales a esta cuestión, se han dado cuenta de que, del mismo modo que las causas de la crisis ecológica han sido sobre todo de tipo antropológico y ético, las soluciones no pueden limitarse al campo científico y técnico. Ven, por tanto, la necesidad de incidir de modo especial en esa otra región más profunda del ser humano, ofreciendo en muchos casos una propuesta ética para la relación hombre-medio ambiente. Las enseñanzas de Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI han recordado precisamente que la solución al problema, sin olvidar la importancia de otros medios necesarios para paliar la crisis, pasa necesariamente por la corrección de los presupuestos intelectuales básicos sobre la dignidad de la persona humana y su relación con el medio ambiente; presupuestos que conllevan una nueva actitud ética frente a las demás personas y al uso de los bienes naturales.

La reflexión sobre las enseñanzas del magisterio de la Iglesia acerca de la relación del ser humano con el medio ambiente, y su corres-

pondiente propuesta moral, es el objetivo primordial del estudio de Ferran Canet, que tengo el honor de presentar. Para llevar a cabo esa reflexión, el autor estudia previamente el marco en el que se sitúa: no solo la crisis ecológica como fenómeno humano, sino también las respuestas éticas más importantes de los pensadores contemporáneos. Solo a partir del conocimiento de este marco general y, lógicamente, de las indicaciones de la Sagrada Escritura sobre la relación del hombre con la naturaleza se pueden entender adecuadamente las enseñanzas del magisterio de los últimos Papas.

Algo que tal vez sorprenda a muchos lectores es la riqueza de estas enseñanzas tanto por su extensión como por su profundidad desde el punto de vista antropológico, ético y teológico. El autor, que demuestra un conocimiento exhaustivo de las fuentes magisteriales, consigue señalar con acierto los elementos fundamentales que deben configurar una verdadera ética humana y sobrenatural en el ámbito de la relación de la persona con el medio ambiente. Esos elementos forman parte de la Teología Moral católica y, por tanto, convenientemente estructurados, han de incorporarse poco a poco a los planes de estudio de dicha disciplina. Tengo la seguridad de que, en este proceso de incorporación, el trabajo de Ferran Canet puede desempeñar un importante papel, sobre todo en lo que se refiere a la clarificación y ordenación de los conceptos fundamentales que se encuentran expuestos en diversos documentos del magisterio eclesial.

TOMÁS TRIGO

25 de noviembre de 2013

INTRODUCCIÓN

En cada período histórico aparecen nuevos retos y problemas. Nuestros antepasados no podían siquiera imaginar algunos de los problemas que hoy nos preocupan. Forma parte del trabajo de los hombres de cada época detectar esos nuevos problemas, estudiarlos, entenderlos y ofrecer respuestas para solucionarlos. Del mismo modo, el teólogo debe enfrentarse a los retos que se presentan a la sociedad, reflexionar sobre ellos a la luz de la Revelación y del Magisterio, y ofrecer sus aportaciones al desarrollo del pensamiento teológico, que perfecciona el conocimiento humano.

Uno de los aspectos específicos de nuestro tiempo es la sensibilidad por las condiciones del ambiente en el que vivimos, y la creciente preocupación por los desastres ecológicos que hemos provocado (y seguimos provocando) en la naturaleza.

Durante los últimos años, se han llevado a cabo muchas campañas *ecologistas* con causas y fines muy variados: la capa de ozono, la caza de ballenas, el traslado de animales, el calentamiento global, las corridas de toros, el uso de energías limpias y alternativas al petróleo, las centrales nucleares, etc. Pero la impresión de que esos problemas son solamente una parte de una crisis *más profunda* es cada vez más generalizada¹.

1. «Las situaciones de crisis por las que está actualmente atravesando –ya sean de carácter económico, alimentario, ambiental o social– son también, en el fondo, crisis morales relacionadas entre sí. Éstas obligan a replantear el camino común de los hombres. Obligan, en particular, a un modo de vivir caracterizado por la sobriedad y la solidaridad, con nuevas reglas y formas de compromiso, apoyándose con confianza y valentía en las experiencias positivas que ya se han realizado y rechazando con decisión las negativas. Solo de este modo la crisis actual se convierte en ocasión de discernimiento y de nuevas proyecciones», BENE-

Ante todas estas cuestiones –y tantas otras que se podrían citar–, es lógico que nos preguntemos si tienen algo que ver con la teología, si tienen algún tipo de relación con el contenido propio de los estudios teológicos, y si estos tienen algo que decir sobre ellas. Desde el primer momento podemos intuir que la respuesta es afirmativa, ya que la naturaleza ha sido creada por Dios. Al mismo tiempo, alguien podría pensar también que aquellas cuestiones no deben ser tratadas por la teología, pues si Dios ha mandado al hombre que domine la tierra y la someta, este está autorizado para hacer con la naturaleza, de modo autónomo, lo que considere oportuno para ejercer su dominio.

Otro motivo para estudiar la cuestión del medio ambiente desde el punto de vista teológico es la constatación de un hecho que llama la atención: la identificación y consiguiente rechazo, por parte de algunos cristianos, de los planteamientos *ecológicos* con el *ecologismo*. Tal vez por este motivo, algunos cristianos consideran que la protección del medio ambiente es una cuestión que poco o nada tiene que ver con la vida cristiana y con la llamada a la santidad².

Lo que pretendemos en este trabajo, en primer lugar, es comprobar si realmente la *cuestión ecológica* tiene una dimensión moral. Es decir, si se trata de una cuestión técnica o natural –como fue, por ejemplo, la desaparición de los dinosaurios– o si, por el contrario, está relacionada con la conducta libre del ser humano.

Para llevar a cabo este objetivo debemos estudiar las enseñanzas de la Sagrada Escritura y del magisterio de la Iglesia sobre la relación entre Dios, el hombre y la naturaleza. Con esta información podremos juzgar con más precisión las acciones humanas respecto al medio ambiente.

Nos hemos propuesto también otro objetivo más concreto: si la cuestión ecológica tiene una dimensión moral, debemos descubrir qué aspectos de nuestra vida de hijos de Dios deberían cambiar para ser más coherentes con la fe que profesamos. Debemos preguntarnos, en consecuencia, por el lugar que ha de ocupar en la vida cristiana la preocupación por el medio ambiente, por la naturaleza, por la creación. No pretendemos dar respuesta a las cuestiones particulares que

DICTO XVI, *Mensaje para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz. Si quieres promover la paz, protege la Creación*, 1.1.2010, 5.

2. «El creyente reconoce en la naturaleza el maravilloso resultado de la intervención creadora de Dios, que el hombre puede utilizar responsablemente para satisfacer sus legítimas necesidades –materiales e inmateriales– respetando el equilibrio inherente a la creación misma. Si se desvanece esta visión, se acaba por considerar la naturaleza como un tabú intocable o, al contrario, por abusar de ella. Ambas posturas no son conformes con la visión cristiana de la naturaleza, fruto de la creación de Dios», CIV, 48.

una persona puede plantearse en este terreno, sino ofrecer los elementos básicos para que cada uno pueda encontrarla.

Para poder hablar sobre el aspecto moral de la cuestión ecológica, lo primero es saber en qué consisten realmente la ecología y la *crisis ecológica*³, pues se trata de un asunto controvertido, con posiciones enconadas no solo entre profetas del fin del mundo y grandes detractores que los ponen en ridículo, sino también entre científicos y pensadores de prestigio. En muchos casos, en lugar de un debate basado en la verdad, encontramos un combate ideológico, un recurso para conseguir fondos públicos, o un diálogo de sordos que ignoran los datos del problema... Lo primero que debemos intentar, por tanto, es situarnos en el mundo del debate ecológico.

Para conseguirlo es necesario conocer los aspectos técnicos y científicos sobre el estado de la naturaleza. Evidentemente se trata de una cuestión en la que uno debe acabar aceptando alguna de las opiniones, la que parece más razonable, ya que en este campo no solo se trabaja con datos verificables, sino también con previsiones de futuro que, hasta el momento, no se han podido comprobar.

Una vez conocida la situación actual del medio ambiente, debemos preguntarnos cómo se ha llegado a ella. No nos referimos solo al proceso histórico, cronológico, sino también y sobre todo a las causas que la han producido. Entramos así en una dimensión que supera los límites de la acción técnica, porque las causas de la actividad humana solo pueden entenderse adecuadamente cuando conocemos la concepción del mundo en la que, implícita o explícitamente, se fundamenta. Una vez hecho esto, nos encontraremos en condiciones de analizar las propuestas que se han ofrecido y se ofrecen para solucionar el problema ecológico.

Finalmente, estudiaremos la cuestión ecológica desde el punto de vista teológico, comenzando por las enseñanzas que nos ofrece la Sagrada Escritura, para pasar después al magisterio de la Iglesia.

3. Es necesario hacer una aclaración terminológica. Si acudimos al *Diccionario de la Lengua Española* de la RAE, *Ecología* es «1. Ciencia que estudia las relaciones de los seres vivos entre sí y con su entorno 2. Parte de la sociología que estudia la relación entre los grupos humanos y su ambiente, tanto físico como social 3. Defensa y protección de la naturaleza y del medio ambiente». *Lo ecológico*, según el mismo Diccionario, es lo «perteneciente o relativo a la ecología», sin que esto quiera decir que tiene alguna relación con la Ciencia concreta. (Cfr. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la Lengua Española*, 2001). Si consideramos la ecología como ciencia no podemos hablar de una crisis ecológica ni de problemas ecológicos. Lo correcto sería hablar de crisis o problemas medioambientales. Sin embargo, entre el público general se ha extendido el uso de *ecología* y *ecológico* como todo lo que tiene que ver con el medio ambiente.

Hemos dividido el trabajo en cuatro capítulos.

El primer capítulo consta de tres partes. La primera es una aproximación a la realidad objeto de nuestro estudio: la situación del mundo actual desde una perspectiva ecológica, para determinar si realmente es tan grave como algunos dicen, o si, por el contrario, se puede solucionar tan fácilmente como aseguran otros. La segunda parte expone las raíces culturales de la crisis ecológica, centrándose especialmente en las concepciones antropológicas más influyentes. Finalmente, en la tercera parte, presentamos primero las distintas respuestas que han aparecido frente a la crisis ecológica: los antropocentrismos, los ecologismos radicales, los eco-movimientos y el ecologismo personalista; a continuación presentamos algunas de las políticas que se están desarrollando en la actualidad, así como un breve repaso de los partidos *verdes*.

En el segundo capítulo pasamos a una reflexión de contenido más filosófico, para exponer los distintos modelos de fundamentación de una moral ecológica. Empezamos con el análisis de los dos modelos clásicos: el antropocéntrico y el biocéntrico, para ver después las nuevas propuestas que se han hecho, deteniéndonos de modo especial en el modelo personalista.

Llegamos así al contenido más propiamente teológico (los dos últimos capítulos). Por un lado analizamos las fuentes que utiliza la teología para estudiar la relación del hombre con la naturaleza –Sagrada Escritura y Magisterio, ya que la Tradición no aporta nada especialmente significativo–; y por otro ofrecemos una exposición sistemática del magisterio de la Iglesia sobre las cuestiones relacionadas, directa o indirectamente, con la ecología.

Para terminar, quisiera mostrar mi agradecimiento a quienes me han ayudado en la realización de este trabajo, muy especialmente al profesor Tomás Trigo, por la paciencia y la dedicación que ha mostrado a lo largo de todos estos años, que han hecho posible lo que ahora ya es una realidad. También merecen mi agradecimiento los miembros del tribunal de defensa de la tesis, así como quienes trabajan en la Facultad de Teología y en la Biblioteca de la Universidad de Navarra, por su diligencia y profesionalidad, y a quienes se han tomado la molestia de leer y corregir este trabajo.